

Evangelio y cultura

Ponencia 1

TITO PAREDES
(Perú)

Nuestra América Latina ha sido y sigue siendo uno de los continentes más convulsionados de nuestro mundo.

Especialmente en los últimos 50 años, debido a diversos factores, la crisis física, socioeconómica y social de nuestros pueblos se ha agudizado. Las condiciones humanas se han deteriorado más; la salud física, social y moral de nuestro pueblo requiere un cambio radical que nos permita vivir más dignamente como criaturas de Dios hechas a su imagen y semejanza. El desafío que los cristianos tenemos es tremendo.

¿Cómo articular y practicar el evangelio en una situación de pobreza, corrupción, injusticia y violencia? ¿Cómo contribuir a la solución de nuestros problemas y a la construcción de una nueva sociedad latinoamericana más justa, más pacífica, más solidaria, más humana, más cristiana? ¿Cómo desarrollar una misionología que conjugue la fe y la práctica cristiana desde la palabra de Dios y desde el contexto latinoamericano donde Dios nos ha puesto? ¿Cuál es la relación entre evangelio, cultura y misión que la Iglesia de Cristo en América debe tener presente?

El propósito de este trabajo es explorar y reflexionar sobre la relación entre el evangelio, la cultura y la misión de la iglesia desde nuestro contexto latinoamericano. En primer término intentaremos sintetizar nuestra visión del evangelio y la misión de la Iglesia; luego abordaremos el tema de la cultura desde una perspectiva antropológica para luego enfocar las bases bíblicas de la cultura; finalmente concluiremos con las implicaciones para la misión en América Latina y desde América Latina.

El evangelio y la misión de la Iglesia

No es el propósito de este trabajo hacer un estudio a fondo de lo que es el evangelio y la misión de la Iglesia. Sin embargo, es importante señalar cuál es nuestro acercamiento a estos dos temas fundamentales antes de intentar un diálogo con las ciencias sociales. Aunque hay muchos pasajes que podríamos citar para referirnos al tema, escogeremos

algunos que son bastante conocidos y que subrayan lo que es el evangelio y la misión de la Iglesia: Lucas 4.16-21, 1 Corintios 15.1-8, Mateo 9.35-38, Mateo 28.18-20. Siguiendo el esquema de Padilla¹ podemos decir que:

1. El evangelio es un mensaje del cumplimiento de la promesa de Dios a su pueblo Israel y por ende al mundo, que enviaría un Salvador, un Mesías para salvar y liberar a la humanidad de su pecado. En Cristo Jesús se cumple esta promesa; por ello, cuando Jesús lee en la sinagoga el pasaje del profeta Isaías termina la lectura y anuncia que esta profecía y otras se cumplen en él.

2. El evangelio es un mensaje de salvación y de liberación del pecado y opresión humana. Lucas lo articula de la siguiente manera: «El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor» (Lc. 4.18-19).

3. El evangelio es un mensaje centrado y encarnado en Cristo; no hay evangelio sin él. Jesucristo es el cumplimiento de la promesa de salvación divina, él es el Salvador y Señor. Por medio de él Dios salva y libera a la humanidad del poder y la opresión del pecado. Jesús es «el camino, la verdad y la vida» (Jn. 14.6). En Cristo Dios se encarnó (Emanuel) para salvar a la humanidad y reconciliar a los hombres y a la creación con él.

4. Finalmente, el evangelio es un mensaje de arrepentimiento que invita a los seres humanos a dejar el orgullo, la rebeldía y los pecados y volverse al Dios vivo poniendo su fe y confianza en Cristo. De ese modo, ellos vienen a ser parte de la familia del pueblo de Dios, su Iglesia, que está llamada a cumplir la misión de proclamar y vivir las buenas nuevas del evangelio de Jesucristo.

Los cristianos evangélicos coincidimos en que la misión de la Iglesia es en gran parte la razón de ser de ella misma. La Iglesia vive para proclamar y vivir el evangelio del Reino de Dios en toda su amplitud e integridad dentro y desde el contexto en que ella se desenvuelve.

El lema de CLADE III refleja esta preocupación para la Iglesia latinoamericana: «Todo el evangelio para todos los pueblos desde América Latina».

Proclamar y vivir el evangelio implica seguir el modelo de misión de Jesús en Mateo 9.35-36, donde encontramos en forma sintética los aspectos centrales de la manera en la que Jesús entendió su misión: «Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos y predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.»

La misión integral de la Iglesia implica tomar en serio el encargo de Jesucristo de proclamar todo el evangelio incluyendo sus implicaciones espirituales, físicas y socio-políticas. La palabra de Dios y el Espíritu Santo son los elementos de dirección y de corrección sobre la Iglesia y su misión en el mundo.

Así como es fundamental tener sumamente claro lo que es el evangelio y la misión de la Iglesia, es importante también entender y comprender el contexto en el que se

¹ René Padilla, *Misión integral*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1986, pp. 60-79.

proclama y vive el mensaje de Jesucristo. Así como es crucial entender y leer la palabra de Dios adecuadamente, también son importantes la comprensión y el estudio del contexto sociocultural, ya que el evangelio siempre se anuncia y se vive en contextos culturales específicos.

Para comprender y entender el contexto en el cual se comunica el evangelio es importante entrar en un diálogo con las ciencias sociales: la sociología, la antropología, etc. Es la antropología, entre otras ciencias sociales, la que puede ayudarnos a ver la pertinencia e importancia de conocer y comprender el contexto cultural en el que comunicamos el evangelio.

La antropología y su acercamiento a la cultura

La gente tiene diferentes ideas e imágenes acerca de lo que es el antropólogo. Algunos piensan que un antropólogo es:

- a. Un excavador de huesos.
- b. Alguien que estudia la evolución del hombre.
- c. Un explorador de las selvas amazónicas y africanas.
- d. Un hippie.
- e. Un guerrillero.

Quizás haya algo de verdad en todo esto, pero en realidad estas no son sino visiones (en el mejor de los casos) parciales y (en el peor de los casos) distorsionadas acerca de la práctica profesional de la antropología. *La antropología en términos generales es el estudio del ser humano y sus obras en un determinado contexto social, cultural, histórico y ecológico.*

La antropología se puede «dividir» en varias ramas: la *antropología física*, que es el estudio de los aspectos biológicos del hombre y su desarrollo. La *arqueología*, que es el estudio del ser humano antiguo «no viviente» sobre la base de los restos materiales que ha dejado. La *lingüística*, que es el estudio del lenguaje humano, su estructura, su clasificación y otras características. La *antropología sociocultural*, que es el estudio del ser humano «viviente» dentro de un contexto social y cultural específico.

La antropología sociocultural nos interesa en este trabajo por su aporte a la discusión del tema de la cultura.

El concepto de cultura: una perspectiva antropológica

Los antropólogos dicen que la diferencia fundamental entre el ser humano y el resto de los animales es que el hombre crea y posee cultura.

El concepto «cultura» es clave para entender el contexto en el cual el evangelio se predica. ¿Qué entendemos cuando hablamos de cultura? Podemos referirnos al concepto de cultura a través de dos enfoques: uno, en el sentido tradicional; otro, en el sentido más amplio, moderno, y más antropológico.

Cultura en su sentido limitado y tradicional

Según este enfoque, para muchos tener cultura significa tocar el piano, leer a Cervantes, escuchar música clásica. También implica ser muy educado y haber cursado estudios superiores o ser profesional y/o letrado, es decir, ser «persona culta».

Este estrecho sentido del concepto cultura excluye a las grandes poblaciones del mundo que no tienen acceso a los sistemas educativos formales de Occidente. Según esta visión las comunidades nativas y campesinas no tendrían cultura.

Esta visión elitista del concepto cultura a veces conlleva desprecio hacia los que no han tenido acceso a esta educación formal.

Cultura en su sentido más amplio e inclusivo

La antropología sociocultural, una disciplina relativamente nueva, ha rescatado el término «cultura» para aplicarlo y usarlo en un sentido mucho más amplio. Cuando los antropólogos hablamos de cultura o culturas nos referimos a las diferentes formas y estilos de vida peculiares a los distintos pueblos de la tierra.

Este concepto se refiere a cosas muy concretas tales como la manera de dormir, levantarse, vestirse, comer, beber, trabajar, jugar, pelear, expresar amor, enamorarse, casarse, criar y educar hijos, enfermarse, morir, etc. Por ejemplo, no todos duermen del mismo modo; hay diversas maneras de dormir: no todos usan catre, colchón y sábanas, como en la costa. Muchas comunidades usan el suelo o una plataforma de barro y pellejo de carnero. En la selva se usan hamacas y plataformas de madera. Está por demás decir que cada pueblo de la tierra tiene su propia manera de realizar sus tareas cotidianas y afrontar la vida.

El concepto de cultura también se refiere a cosas un tanto abstractas tales como la manera de comunicarse (oral o simbólicamente), la manera de pensar (cómo se ve el mundo, el universo: no sólo el mundo y el universo físico sino también la realidad espiritual y sobrenatural), cuál debe ser el comportamiento correcto hacia otras personas y hacia Dios o los dioses. Así, por ejemplo, en general las culturas occidentales hacen una separación de lo sagrado y lo secular, razón por la cual en estas sociedades a menudo una persona puede en el ámbito social conversar de todo menos de sus creencias religiosas, ya que esto pertenece al mundo privado y religioso. Por otro lado, en las culturas no occidentales, las campesinas y nativas, se da una integridad de lo secular y lo religioso, que se afectan e influyen de tal modo que las enfermedades, por ejemplo, tienen una explicación no sólo empírica, sino esencialmente religiosa, y su tratamiento no sólo es «secular» sino religioso.

Como podemos ver, el concepto «cultura», aunque aparentemente un tanto abstracto, es en realidad bastante dinámico, específico y concreto. Se refiere a lo que constituye lo humano, lo cotidiano, lo que se hace y se cree y se piensa diariamente en un pueblo, una comunidad y una nación. Siendo esto así, la cultura tiene una importancia fundamental para la comunicación y expresión del evangelio. Pero antes de hablar sobre esta importancia, exploremos las bases bíblicas de la cultura.

Una perspectiva bíblica de la cultura

La Biblia hace una distinción muy clara entre el Creador y la creación, entre Dios y las criaturas. Génesis 1.1 especifica que en el principio creó Dios los cielos y la tierra. Hay una diferencia cualitativa entre Dios y su creación. Esta distinción no siempre es reconocida por las cosmovisiones del hombre contemporáneo o de antaño. El animismo, el panteísmo, las religiones orientales y el evolucionismo de una manera u otra niegan u opacan y hacen ambigua la distinción entre el Creador y su creación.

El Génesis también relata una distinción especial entre la creación del ser humano y la del resto de la creación. Es interesante notar que cuando Dios creó los cielos y la tierra, la luz, el día, etc., dijo: «Sea la luz», «Haya una expansión», «Produzca la tierra», «Produzcan las aguas», etc. Pareciera haber un involucramiento distinto al de la creación del hombre y la mujer, ya que cuando crea a Adán y Eva Dios dice:

Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Gn. 1.26-27).

Es como que Dios —las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo— crea al ser humano de una manera especial. Somos conscientes de que la doctrina de la Trinidad se deriva en forma más explícita del Nuevo Testamento. Sin embargo, en el relato de la creación, como dice Washington Padilla, vemos «un preanuncio muy significativo ... en el plural que Dios emplea ... 'Hagamos al hombre. Se parecerá a nosotros'». ²

El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, varón y hembra; es una creación especial que expresa el punto culminante de la creación de Dios. Por ello el salmista exclama: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra» (Sal. 8.3-5).

Ser humano creado a imagen y semejanza de Dios

¿Qué significa que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios? Los teólogos han escrito bastante al respecto desde sus distintas ópticas. Puesto que nuestro interés es entender las dimensiones socioculturales del ser humano, nuestro punto de observación se centrará en la dimensión relacional del ser humano, respecto al cual podemos hacer las siguientes afirmaciones:

Fue creado para vivir y reflejar el amor de Dios en todas sus relaciones. El ser humano fue creado para vivir en relación con Dios, con otros seres humanos y con e

² Washington Padilla, *Hacia una transformación integral*, FTL, Buenos Aires, 1989, p. 6.

Una perspectiva bíblica de la cultura

La Biblia hace una distinción muy clara entre el Creador y la creación, entre Dios y las criaturas. Génesis 1.1 especifica que en el principio creó Dios los cielos y la tierra. Hay una diferencia cualitativa entre Dios y su creación. Esta distinción no siempre es reconocida por las cosmovisiones del hombre contemporáneo o de antaño. El animismo, el panteísmo, las religiones orientales y el evolucionismo de una manera u otra niegan u opacan y hacen ambigua la distinción entre el Creador y su creación.

El Génesis también relata una distinción especial entre la creación del ser humano y la del resto de la creación. Es interesante notar que cuando Dios creó los cielos y la tierra, la luz, el día, etc., dijo: «Sea la luz», «Haya una expansión», «Produzca la tierra», «Produzcan las aguas», etc. Pareciera haber un involucramiento distinto al de la creación del hombre y la mujer, ya que cuando crea a Adán y Eva Dios dice:

Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Gn. 1.26-27).

Es como que Dios —las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo— crea al ser humano de una manera especial. Somos conscientes de que la doctrina de la Trinidad se deriva en forma más explícita del Nuevo Testamento. Sin embargo, en el relato de la creación, como dice Washington Padilla, vemos «un preanuncio muy significativo ... en el plural que Dios emplea ... ‘Hagamos al hombre. Se parecerá a nosotros’».²

El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, varón y hembra; es una creación especial que expresa el punto culminante de la creación de Dios. Por ello el salmista exclama: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra» (Sal. 8.3-5).

Ser humano creado a imagen y semejanza de Dios

¿Qué significa que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios?

Los teólogos han escrito bastante al respecto desde sus distintas ópticas. Puesto que nuestro interés es entender las dimensiones socioculturales del ser humano, nuestro punto de observación se centrará en la dimensión relacional del ser humano, respecto al cual podemos hacer las siguientes afirmaciones:

Fue creado para vivir y reflejar el amor de Dios en todas sus relaciones. El ser humano fue creado para vivir en relación con Dios, con otros seres humanos y con el

² Washington Padilla, *Hacia una transformación integral*, FTL, Buenos Aires, 1989, p. 6.

resto de la creación. Esta dimensión relacional se deriva de la misma naturaleza relacional de Dios. Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, según el dato bíblico, manifiestan una relación de amor que es la esencia misma de su ser. Esta relación de amor tiene su expresión concreta en el hecho de que Dios se desprende de sí mismo y se hace hombre como nosotros en la persona de Jesucristo. El clímax de ese amor se da en la muerte y resurrección de Jesucristo por la humanidad. El Espíritu Santo, siempre presente en la relación, acompaña al Hijo y a sus seguidores en todo momento hasta que él regrese otra vez (Mt. 28.18-20).

Los antropólogos y sociólogos observan que el ser humano es esencialmente un ser social; es un ser que vive en relación con otros seres humanos; no puede autorrealizarse ni vivir como ser humano a menos que viva en familia, en comunidad. Esta «naturaleza» o dimensión social del ser humano refleja la naturaleza relacional de Dios.

Esta dimensión relacional del ser humano debe ser fundamentalmente ejercida en amor profundo hacia Dios, su Creador. Sin esta relación medular, las otras relaciones con los otros seres humanos y el resto de la creación no manifestarán el amor que es la base de toda relación. La Biblia dice que el primer y gran mandamiento de la ley es «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt. 22.37), y a continuación afirma que el segundo mandamiento es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 22.39).

Estos dos mandamientos son la base fundamental de las relaciones de Dios con su creación, y del ser humano con Dios y con otros seres humanos y con el resto de la creación. En estos dos mandamientos se sintetiza el propósito de Dios para con el hombre en la creación.

¡Qué diferente sería la vida humana hoy en nuestro mundo si practicáramos más estos dos grandes mandamientos! La injusticia, la violencia, la pobreza y la corrupción serían menos evidentes. La vida humana sería más digna. La cultura sería un canal más adecuado de servicio a Dios y al prójimo.

Fue creado para ser administrador/mayordomo de la creación de Dios. Según Génesis 1.28, Dios bendijo a Eva y Adán diciéndoles: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra». La mejor manera de entender este pasaje es por medio del concepto de mayordomía. Dios encarga y entrega su creación a los seres humanos no sólo para que se sustenten y disfruten de ella, sino también para que la cuiden y cultiven. Este encargo es conocido también como el mandato cultural. Calvin Seerveld nos dice al respecto:

La intención de este mandato es dignificar al hombre como Vicegerente que goza de la confianza del Señor, y recordarle que está a cargo de la totalidad del cosmos. Dicho mandato tiene en realidad un alcance tan global que le hace merecedor del título de «mandato cultural». «Cultiven el jardín de Edén aún más» significa que incluso antes del pecado, Dios esperaba que esta elaborable creación («elaborable» es lo mismo que «temporal»: estructurada por Dios para permitir un desarrollo progresivo y multifacético) estuviese bajo el cuidado del hombre y fuera adornada, moldeada y

culturizada por éste. Desde el principio mismo la creación fue hecha para ser extendida, «descubierta» y atentamente plasmada, edificada, por el hombre... En base a ello Adán se puso a trabajar inmediatamente y comenzó a dar nombre a los animales...

La cultura no es por lo tanto, algo que el hombre puede alcanzar por su propio esfuerzo. Se trata más bien de un canal de adoración propio de la naturaleza humana y de una actividad en la cual el hombre se encuentra inexplicablemente comprometido, presidiendo (como delegado de Dios) el resto de la formación y desarrollo de la creación. Esta es una tarea que involucra tanto al humilde arrancador de yuyos en un campo de cebollas, como a un Bernstein plasmando sus composiciones sonoras.³

A través de su trabajo y vocación de mayordomía se hace evidente la capacidad para crear cultura y modificarla. Dios dotó al ser humano con capacidades mentales, éticas y volitivas. Su capacidad mental, a menudo llamada «racional», hace que el ser humano tome conciencia de sí mismo, de sus semejantes, del mundo que lo rodea, de su realidad. El ser humano trasciende, va más allá de sí mismo y es capaz de nombrar las cosas, organizar su realidad, crear y construir herramientas, artefactos, tecnología. El ser humano es un ser cultural.

Pero el ser humano fue creado también con esa capacidad ética de tomar conciencia de sus acciones. Sabe y reconoce lo que debe y no debe hacer, tiene una escala de valores y toma cuenta también de los actos de sus semejantes, valora las personas, acciones y cosas. Dios le estableció parámetros acerca de lo que podía y no podía tocar, lo bueno y lo malo.

Al mismo tiempo, Dios creó al ser humano con capacidad volitiva, es decir, con libertad, permitiéndole aun, si el hombre quisiera, rebelarse contra Dios y desobedecerle. Dios no hizo de Adán y Eva robots o computadoras accionadas al gusto del dueño o creador por botones o palancas; Dios los creó a imagen y semejanza suya, y de esto se deriva el valor infinito de todo ser humano, sin importar su cultura, nacionalidad, color de piel, sexo o lugar de origen. Por ello, no es coincidencia que la Biblia nos exhorte a amar a Dios con todo nuestro ser y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Fue creado para participar de una realidad física, material y espiritual. Génesis 2.7 dice: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Los seres humanos participamos de la materia, de la realidad física de la cual participan las plantas, los animales, la tierra y el resto de la creación. El coro «polvo de la tierra soy...» contiene una verdad profunda: polvo somos y al polvo volveremos.

La materia en sí no es mala. Después de todo, Dios, al concluir su creación hecha de materia, observó que «Todo lo que había hecho era bueno en gran manera» (Gn. 1.31). Los gnósticos griegos en los tiempos del Nuevo Testamento creían que la materia en sí era mala. Esta manera de pensar tuvo consecuencias prácticas: escapar del mundo a través de comunidades exclusivas y de meditación, y pensar que, como el cuerpo es

³ Calvin Seerveld, «La cultura: cultivo del mundo de Dios», *Revista de Teología*, noviembre de 1978, p. 198.

irredimible, malo en sí, puede hacerse lo que le venga en gana: fornicar, adulterar, etc. Los ritos religiosos de prostitución en Corinto reflejaban esta mentalidad.

Un hecho poderoso y contundente que niega la materia como mala en sí misma es la encarnación de Dios como Jesús. El Verbo, al hacerse carne, participó de la realidad material de la creación. Un adecuado entendimiento bíblico de la realidad física y material del ser humano y de la creación es de fundamental importancia especialmente para los cristianos de los países pobres (en desarrollo), ya que las buenas nuevas de salvación en Cristo tienen sus implicaciones físico-materiales. La salvación es para los seres humanos con toda su realidad material y espiritual.

Génesis 2.7 también dice que Dios «sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente». Este aliento de vida es el espíritu de Dios que reflejan los seres humanos. La Biblia dice que Dios es Espíritu. Por lo tanto, el hombre refleja la realidad espiritual de Dios. El espíritu del ser humano es el centro mismo de su personalidad. Esta realidad espiritual, de la cual el hombre participa, anhela en lo más profundo vivir en comunidad con Dios. Como dice el salmista: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». La salvación en Jesucristo tiene profundas implicaciones para la realidad espiritual del ser humano.

Dicotomizar las realidades materiales y espirituales del ser humano es ir contra la visión bíblica de su unidad. El hombre es un ser creado para vivir en relaciones de amor. También es materia y espíritu. Dios lo creó así. Por ende, las buenas nuevas del evangelio son nuevas de salvación para el ser humano integral, en sus dimensiones materiales, espirituales y socioculturales.

La ruptura de la dimensión relacional de los seres humanos

Afirmamos anteriormente que la base fundamental de las relaciones humanas y las relaciones dentro del resto de la creación es la relación de amor con Dios. Dijimos también que el ser humano había sido creado para vivir en libertad, consciente de sus actos y responsable ante Dios por sus acciones como mayordomo de la creación. La libertad del hombre tenía ciertos parámetros que si eran violados le traían consecuencias mortales que afectarían no sólo a él sino a toda la estructura de sus relaciones.

La desobediencia de Adán y Eva produjo la ruptura en las relaciones del ser humano con Dios y con sus semejantes, y afectó el resto de la creación. Adán y Eva, conscientes de su desobediencia, se «escondieron» de Dios. La tierra misma fue afectada por el pecado del hombre y recibió el impacto de su condenación: «...maldita será la tierra por tu causa; con dolores comerás de ella todos los días de tu vida» (Gn. 3.17). Desde entonces nuestras labores y trabajos están acompañados de cansancio, sudor y conflicto (Gn. 3.18).

Detrás de la desobediencia de Adán y Eva no sólo estaba el poder persuasivo de la serpiente, sino el desear e intento del ser humano de querer ser como Dios. Desconocer que hay un solo Dios Creador y que los seres humanos somos sus criaturas, querer tomar

el lugar de Dios y ser el centro de la creación, es querer sucumbir ante el orgullo humano y la mentira satánica. Esto le costó su estancia en el Edén y la ruptura y muerte en su relación con Dios. Por ello, después del pecado, Adán y Eva se escondieron y tuvieron miedo de Dios. La relación de amor entre Dios y los hombres se tornó en una relación de miedo y desamor por parte del hombre hacia Dios. El ser humano en su dimensión material y espiritual, y todas sus facultades, fueron afectados por el pecado.

Es un hecho que la desobediencia de Adán y Eva afectó las relaciones humanas. Adán echó la culpa de su pecado a Eva, y ella hizo lo mismo con la serpiente. La envidia, los celos y el culpar a otros, sin reconocer nuestro propio pecado, llegaron a ser una constante en las relaciones humanas. El homicidio, la violencia y el deseo de sobresalir sobre los demás, evidenciados en las relaciones de Caín y Abel, vinieron a formar parte de la estructura de las relaciones humanas. La injusticia, la opresión, y el dominio en las relaciones de las personas, los pueblos y las naciones se hicieron «naturales» en la vida. Las personas, sus relaciones y sus obras fueron afectadas por el pecado. La cultura humana fue teñida por el pecado.

El egoísmo, el orgullo y el etnocentrismo forman parte de la historia de las relaciones entre los seres humanos y las naciones. Esta es la causa de las luchas entre gentes, familias, pueblos y naciones. Así como en las personas existe el egoísmo (ego como centro), así también en los pueblos existe el etnocentrismo: el pueblo de uno es colocado en el centro del universo; el grupo social, la nación propia quiere dominar a los otros.

La restauración de la vida y la cultura

A pesar de la caída del hombre y de su irrefutable necesidad de redención, los pueblos y la creación tienen algo que todavía refleja la gracia de la semejanza e imagen de Dios. En todos los pueblos hay algo bueno y algo «indiferente», «neutral» (que puede ser usado para bien o para mal). Es interesante que a los hijos de Caín se les adjudicó la creación de la música, la construcción de ciudades, el trabajo del bronce y el hierro (Gn. 4.17-24). La lluvia cae y el sol brilla sobre justos y pecadores; la tierra produce para todos; hay sentido de justicia, bondad, belleza: todo esto refleja la gracia como del Creador.

Sin embargo, todos los pueblos requieren de la salvación, de la liberación que se puede encontrar en Cristo. El mundo necesita del evangelio, de las buenas nuevas del Reino de Dios. El poder del evangelio hará que los seres humanos sean transformados y que lo bueno de sus culturas sea mejor. Al buen ciudadano lo hará un mejor ciudadano. Al buen profesor o estudiante lo hará un mejor profesor o estudiante. Al indiferente o neutral lo hará útil y bueno. Al malo lo juzgará y transformará. El cosmos mismo es afectado por la restauración. Tenemos la esperanza de nuevos cielos y nuevas tierras por el sacrificio de Jesús, nuestro Señor. Hay esperanza en él. No todo está perdido. Al contrario, Jesucristo nos ha traído su reinado y nos llama a que entremos, participemos y colaboremos con él en su difusión. Dios está actuando en la historia y las culturas de este mundo. Dios quiere transformar a las personas y sus relaciones humanas para que éstas reflejen más y más la vida de Cristo, nuestro Salvador y Señor.

Implicaciones para América Latina

Los evangélicos hemos tenido la tendencia a minimizar o rechazar nuestra cultura. A menudo hemos adoptado una actitud y mentalidad provinciana que nos ha separado de nuestras comunidades, sociedades y culturas.

Hemos comprendido el concepto negativo y pecaminoso de «mundo» con nuestras culturas y nos hemos relacionado con ellas de una manera antagónica y negativa. Hemos adoptado, consciente o inconscientemente, la visión según la cual Cristo está *contra* la cultura.

En este trabajo reconocemos que el pecado es una realidad poderosa en las personas y culturas. Al mismo tiempo, reconocemos que la gracia de Dios está presente en todas las culturas. Por lo tanto, hay cosas que evidencian las huellas de Dios en las culturas y la creación. Al mismo tiempo reconocemos la necesidad ineludible de presentar a Cristo como el único camino de salvación y transformación de personas y culturas. Cristo está sobre la cultura pero activamente participando en ella para transformarla. Desde esta perspectiva miremos a manera de conclusión algunos de los desafíos socioculturales para la misión de la iglesia en América Latina:

1. Debemos tomar en serio el hecho de que América Latina es un continente heterogéneo, pluricultural y políglota; distintos grupos humanos viven codo a codo, interrelacionándose e influenciándose mutuamente y no como entes aislados y autónomos. Los procesos culturales de América Latina son mucho más dinámicos, cambiantes y complejos. Por lo tanto, la Iglesia de Cristo necesita desarrollar una misiología atenta a esta dinámica y dispuesta a comunicar con valentía y fidelidad las buenas nuevas del evangelio.

2. Es importante reconocer que en todas las culturas de nuestro continente latinoamericano hay valores, costumbres, hechos sociales que no riñen con la Palabra de Dios, y por lo tanto podemos afirmarlos y rescatarlos para la gloria de Dios. Estos pueden construirse en canales de adoración a Dios y edificación de nuestros pueblos.

Algunos ejemplos de estos valores serían los diversos idiomas, valores culturales como la reciprocidad indígena, la solidaridad de muchos sectores populares (especialmente de mujeres, en la crisis que vivimos), el valor y aprecio de la familia extendida, el valor de las relaciones humanas, etc. Necesitamos hacer una evaluación cuidadosa de las expresiones culturales de nuestros pueblos, de tal manera que podamos apreciar y valorar mejor la multiforme gracia de Dios.

3. El cumplimiento de quinientos años de presencia ibérica en nuestro continente debe movernos a reflexionar seriamente sobre las interrelaciones indo-mestizas a lo largo de estos quinientos años. Debemos reconocer el atropello cometido contra los pueblos y culturas indígenas. Negar esto sería faltar a la verdad. El arrepentimiento y la reconciliación entre los miembros de estas dos grandes tradiciones deben ser un proyecto en el cual la Iglesia de Cristo participe comenzando desde adentro y afectando a la sociedad más amplia.

4. El problema del prejuicio humano hacia los grupos autóctonos debe ser afrontado honestamente. En nuestra América mestiza y criolla ha habido la tendencia de menospreciar los pueblos indígenas. Este sentido de superioridad debe tornarse en una actitud de servicio, humildad y genuino amor hacia nuestros hermanos y compatriotas autóctonos. La superioridad en función del idioma, raza o grupo étnico no tiene base espiritual ni científica. Todos los hombres han sido creados a imagen y semejanza de Dios y todos son objeto del amor de Dios en Cristo. Pero el prejuicio humano no sólo recae en los grupos autóctonos: también lo sufren los pobres, y otros grupos étnicos y de color, las mujeres, los minusválidos, las prostitutas, los drogadictos, los homosexuales. Olvidamos a menudo que todas las personas son objeto del amor de Dios.

5. Quisiera concluir con una nota positiva. A pesar de que la historia de las relaciones entre Occidente y los pueblos autóctonos es triste y de que sus efectos no pueden negarse, sería injusto negar que existen muestras de esperanza y optimismo, de un optimismo no ciego, que viene del mismo actuar de Dios en la historia, en los procesos de cambio sociocultural y en los corazones de los hombres, tanto indígenas como no indígenas. Dios no se ha olvidado de su pueblo. Dios está proclamando, comunicando y viviendo su mensaje a través de su pueblo y en su mundo.

Las cosas no se han quedado en el statu quo. Como dice el líder indígena Quicaña: «En estos últimos años la situación del evangélico quechua está cambiando; los mismos líderes quechuas han tomado con responsabilidad la gran comisión que el Señor Jesús ha encomendado; de la misma manera hay pastores mestizos y misioneros que están identificándose para trabajar dentro del pueblo quechua».⁴